

Ocurrió justo después del primer gol de Italia. Un sonido atronador, como si hubiera estallado una bomba. Resonó en todo el edificio.

-¿Has oído eso? -dijo Mercedes.
-¿Qué?
Martín, su marido, respondió sin desviar la vista de la tele. El gol de los italianos le había hecho daño y no estaba para distracciones. Aún quedaba mucho partido por delante, pero conocía a los italianos: en cuanto marcaban un gol se encerraban atrás, metían a todos los jugadores en el área y no dejaban jugar al adversario. Cierto que si había un equipo capaz de franquear semejante barrera, ese equipo era España, pero así y todo la cosa pintaba mal.

-El zambombazo -insistió su mujer-. ¿No lo has oído? Parece que venía del ojopatio.

Se levantó del sofá y fue a la cocina. Vivían en un bajo y estaba acostumbrada a que cayeran toda clase de cosas de los pisos de arriba, pero nunca había oído un ruido como aquel. Abrió la puerta del patio, se asomó y lo vio. El vecino del quinto estaba en el suelo, con las piernas y los brazos abiertos de forma muy poco natural. En su caída había derribado varios tendereros, y había ropa y macetas esparcidas por todas partes. Mercedes se llevó las manos a la cabeza.

-¡Martín! Ven corriendo, ha caído... En el patio... el vecino del quinto...

-¿Qué dices? -Martín seguía sin apartar la vista de la tele.

-El del quinto... ¡Se ha matado! ¡Ha saltado por la ventana y está en nuestro patio!

-¿En serio? -Martín la escuchaba a medias. El partido se había reanudado y no quería perderse.

-Martín, ¿me escuchas? Te digo que el vecino del quinto acaba de matarse y que está en nuestro patio.

-Ya. Pues, no sé, llama a la policía.

-¡Martín!

-¿Qué.

-¿Cómo que qué? ¿No haces nada? ¿Piensas quedarte ahí viendo el fútbol tan pancho?

-¿El fútbol? -Martín se puso serio-. Escucha, Mercedes, si esto -dijo señalando la tele- fuera solo fútbol, me levantaría ahora mismo del sofá iría a ver qué ha pasado en el patio, pero resulta que este partido es algo más que fútbol, es historia, es la final de la eurocopa. Si ganamos, seremos el primer país que gana cuatro títulos, ¿lo entiendes? El primero. Quedan setenta minutos para saber si somos o no la mejor selección europea de todos los tiempos, así que no te esfuerces. Ya puedes prenderle fuego a la casa, que yo de aquí no me muevo. Mercedes meneó la cabeza. No podía creérselo. Cogió el teléfono y marcó el número de la policía.

Diez minutos más tarde llegó la ambulancia. Al entrar en la casa, los enfermeros vieron a Martín sentado al fondo del pasillo y hacia allá se encaminaron.

-No, no -dijo Mercedes-. El patio es por aquí.

-¿Por ahí? -dijo uno de los enfermeros sin dejar de caminar hacia el salón.

-Sí, por aquí, vengan.

-¿Cómo van? -le preguntó el enfermero a Martín, sin hacerle el me-

nor caso a Mercedes.

-Uno a cero -contestó Martín.

-¿Todavía?

-Ya sabes cómo son los italianos.

En cuanto marcan un gol se encierran atrás...

-Y tanto. Miralos, están los once en su área. Así no hay quien juegue al fútbol.

-Oigan -dijo Mercedes-. ¿No quieren ver el cadáver?

-Sí, ahora vamos.

-Pero...

-Señora, ¿qué prisa tiene? Está muerto, ¿no? Lo ha mirado usted bien y dice que está muerto, ¿verdad?

-Sí, pero yo no soy médico...

Los enfermeros refunfuñaron.

Eran ganas de fastidiar. ¿Cuánta gente se tiraba por la ventana al cabo del año? Decenas. ¿Y cuántas veces tenía España la oportunidad de hacer historia? Pocas, pocas tirando a ninguna. Pero, en fin, más valía ir a echar un vistazo. Saltaba a la vista que aquella mujer era una de esas ciudadanas comprometidas que tan de moda estaban últimamente, y si no la complacían podía buscarles problemas.

En el patio, el cuerpo amoratado descansaba sobre un gran charco de sangre. Varios pájaros se habían acercado a husmear, y las huellas rojas de sus patitas recorrían las pocas baldosas que no habían sido alcanzadas por el charco. El cuadro era estremecedor, y sin embargo no parecía importarle a nadie. Ningún vecino se había ofrecido a ayudar, ni siquiera había curiosos asomados a las ventanas. Era inaudito.

Los enfermeros observaron la escena y se encogieron de hombros.

-En efecto, señora -dijo uno de ellos-, está más tieso que la mojama.

-Oiga -protestó Mercedes-, ¿qué manera de hablar es esa? El difunto merece un respeto...

-¡Me cago en...!

Era Martín. Algo malo debía de haber ocurrido. Los enfermeros corrieron a reunirse con él.

-¿Qué ha pasado?

-Gol.

-¿De Italia?

-Sí.

-¿Será posible! Estos españoles... No valen para nada.

-Están acabados.

-Si es que no tenemos delanteros.

-Antes era otra cosa, antes teníamos a...

Un estampido lo interrumpió.

-¿Qué ha sido eso? -dijo uno de los enfermeros.

-¡Otro! -Mercedes llegó corriendo al salón, con el rostro desencajado-.

¡Ha caído otro!

-Je je -dijo Martín-, están cayendo como moscas.

-Normal -contestó uno de los enfermeros-, con la que nos están dando...

-Si es que no puede ser -reflexionó Martín-, no puede ser. Nos creíamos que íbamos a seguir ganando eurocopas por nuestra cara bonita, pero es imposible ganar siempre con los mismos jugadores. El tiempo pasa para todos, también para los futbolistas. Habrá que renovarse, ¿no? Darles paso a los jóvenes...

Se enfascaron en una intensa conversación, plagada de detalles técnicos y sutilezas retóricas, y habrían seguido así toda la tarde de



:: M. SAURA

no ser por Mercedes, que, tras recurrir a los ruegos y a las amenazas, logró que los enfermeros la acompañaran al patio. Un segundo cuerpo descansaba sobre el primero. En esta ocasión se trataba de una mujer, Laura, la del sexto izquierda. Una chica joven, de apenas treinta años, que dejaba atrás marido y un hijo. Mercedes no salía de su asombro. ¿Qué le pasaba a la gente? ¿De veras estaba ocurriendo lo que parecía que estaba ocurriendo? ¿Se tiraban por la ventana solo porque España perdía un partido de fútbol?

-Muerta -dijo el enfermero desde la cocina, sin entrar siquiera en el patio-. Totalmente muerta.

-Pero si no la han examinado.

-¿Examinarla? ¿Para qué? Esa mujer ha entregado la cuchara, se ve a la legua. ¿Es que no tiene usted ojos?

-Yo... Pero...

-¡¡¡¡¡Gooooooooooooooooooooo!!!!

El grito sonó al unísono en todo el bloque, en toda la ciudad, en todo el país. A los enfermeros les faltó tiem-

po para correr al salón. Desde el patio, Mercedes los escuchó gritar y cantar jubilosamente, y con un deje de ironía se preguntó si los italianos estarían ahora saltando por las ventanas, igual que los españoles hasta hacía unos minutos. Observó suspirando a los cadáveres que empezaban a amontonarse en su patio, y no pudo creer lo que vio. Uno de ellos, el del hombre, movía un dedo. ¡Esta- ba vivo! Mercedes corrió al salón y comunicó la noticia a los enfermeros, pero no consiguió que le hicieran caso. Estaban en plena celebración. Los tres hombres daban saltos en corro y cantaban «¡sí-se-puede, ¡sí-se-puede!», acomodando las palabras a los saltos, o al revés. Mercedes regresó al patio y atendió al moribundo.

-Aguante un poco, aguante. Están en camino, ya mismo vienen...

El moribundo intentó decir algo, pero apenas le salió un hilillo de voz. Mercedes acercó la oreja a su boca.

-¿Quién... lo... ha... marcado?

-¿Perdón?
-El... gol. El gol... de España.
¿Quién... lo... ha... marcado?
-Pues... No sé... yo de fútbol no entiendo.

-Vaya... y... pregunte.

-Pero...

-¡Pregunte!

Mercedes se quedó parali-

zada. ¿Era una broma?

-Pero bueno -dijo-, ¿usted no estaba muerto?

-No estoy seguro... Creo que sí...

Pero... no pienso... perderme... la remontada...

-Ale, vaya, pregunte -la azuzó Laura, la otra moribunda.

-¿Usted también? -dijo Mercedes, retrocediendo de puro espanto.

-A España nunca hay que darla por muerta... Este partido lo ganamos...

-Lo ganamos fijo... Es verdad que andamos justos de delanteros, pero para qué queremos delanteros con los centrocampistas que tenemos...

-Ahí le has dado -los dos cadáveres hablaban cada vez más animadamente-. Siempre hemos sido un equipo de centrocampistas. España no necesita delanteros, España lo que necesita...

Mercedes salió del patio, aturrida.

¿Era la única que conservaba la cordura en todo el país? La fiebre del fútbol no era una enfermedad nueva, pero al menos antiguamente afectaba solo a los hombres, mientras que ahora se había extendido, y de qué manera, a las mujeres. Era descorazonador. La soledad, pensó, es esto. Caminó como una autómatas hasta la puerta de la casa, salió y subió mecánicamente los ocho pisos que la separaban de la azotea.

Desde la altura, la ciudad parecía una ciudad fantasma. Ni un solo coche, ni una sola persona en la calle. Incluso habían cerrado la mayoría de los comercios, y todo por un estúpido partido. Panda de idiotas. Panda de descerebrados. ¿Que caiga un trueno del cielo, ¡pense Mercedes, y los achicharre a todos! Y fue pensar y sonar el trueno. Un trueno ensordecedor restalló en el aire. Se asustó. ¿He sido yo?, pensó. Pero no tardó en comprender que no había sido ella. Había sido España, que acababa de marcar otro gol, despertando el entusiasmo de todos. Cabizbaja, Mercedes caminó hasta el hueco del ojopatio. Ocho pisos más abajo, los dos cadáveres, eufóricos, se habían puesto en pie y avanzaban trabajosamente hacia el salón.

-¡Sinvergüenzas! -gritó Mercedes. Le salió del alma. Lo decía como lo sentía, aunque los cadáveres estaban demasiado ansiosos por llegar a la sala y no le prestaron atención-.

¡Zombis, más que zombis! Hay que tener poca vergüenza... ¡Pues que se país que los italianos os van a dejar sin eurocopa! ¡Os van a meter cinco! ¡Viva Italia!

Este último grito le atrajo la atención de los zombis.

-¿Qué has dicho? -dijeron levantando la vista-. ¿Has dicho «viva Italia»?

¿Has dicho que nos van a meter cinco? ¿A nosotros? ¿A España? ¡Baja aquí y dinoslo a la cara! ¡No eres capaz de bajar!

-¿Que no? -gritó Mercedes-.

¿Que no soy capaz? Ahora veréis -y saltó.